

January 1980

Apuntes para la memoria de un lasallista

Eduardo Mendoza Varela

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Mendoza Varela, E. (1980). Apuntes para la memoria de un lasallista. *Revista de la Universidad de La Salle*, (7), 13-15.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Apuntes para la memoria de un lasallista

Por: Eduardo Mendoza Varela

Aquella mañana de febrero no debió ser distinta de las otras con que solía despedirse el verano en Bogotá. Pero a mí, un muchacho de nueve años, me pareció diferente porque aún, después de media centuria, la recuerdo con innegable nitidez. Subía, calle 11 arriba, entre arquitecturas antiguas y plácidas, algunas desaparecidas en los últimos años. Aquel Bogotá pueblerino y señorial, era antes que nada un conglomerado feliz, una expresión humana ahora irreversible. En el ángulo su-oriental, sobre la carrera 2a. —Calles de San Bruno y del Chorro de Egipto— se abría una puerta generosa. Los setos enmarcaban el camino arcilloso y hacía guardia al muchacho, novato y tímido, que se llegaba al colegio. Me habían dado a escoger entre el Gimnasio, San Bartolomé y la Salle. No vacilé un momento. El Instituto de la Salle, por su mera ubicación —y por tantas otras cosas que comprendí más tarde— ya me resultaba atractivo. Corrían los años de la "guerra con el Perú." Pero al lado de los hervores del patriotismo removido, nada perturbaba el orden de aquella ciudad pobre y casi elegante. El edificio del colegio era una fábrica de tres plantas, entre antiguo y moderno, sobre cuyos muros decorados de ocre, blanco y rosa, caía en aquel momento un magnífico sol mañanero. Recuerdo que al avanzar por el jardín, mi padre me tomó de la mano. Ese gesto de comprensión y camaradería me dió a entender que me encontraba frente a un misterio. Que algo importante iba a suceder en mi vida y que una mutación insensible iba a alejar de mí al niño que había sido hasta ese momento, por que un adolescente

temprano empezaba a dibujarse con cierta nitidez en mis ademanes.

Como en una evocación proustiana, dormí poco esa noche. Algo menos de un centenar de muchachos internos disfrutaban cada uno de un pequeño cuarto privado. El mío, en un quinto piso, abría su única ventana sobre un jardín presidido por una palmera nativa, una *Ceroxylon Quindensis*, que alzaba su plumero hasta muy cercal del alféizar. Pero más lejos, la vista se tendía sobre los tejados de la Candelaria, hacia los retazos de sabana que se cerraban con la secuencia de unas colinas presididas algunas veces por el vértice del Tolima. Esto puede parecer extraño, pero entonces no se había inventado la palabra ecología y el altiplano derrochaba todas sus virtudes. Dormí mal porque la nostalgia de una infancia que llegaba en ese momento a un umbral definitivo se me había entrado en el pecho. Día, en el silencio nocturno, el acesar de los trenes y el pito de las locomotoras. Y al amanecer, el primero de que fuí actor desde La Salle, la diana de los cuarteles y el contrapunto de las campanas en las torres de San Agustín, de la Catedral, de Egipto o La Candelaria.

Ya había presentido el mundo diferente con el cual habría de convivir desde aquel día de Febrero. Fué el Hermano Eliseo, un señor robusto y afable, con unas canas prematuras, el primero que me recibió y empezó a devastar mi timidez al pasearme por el vasto recinto. Era el encargado de la sección infantil. Comenzamos, por supuesto por el

Museo de Historia Natural, obra paciente de un sabio francés, el Hermano Apolinar María, quien revivió con la taxidermia, desde las más diminutas especies de colibríes hasta la jirafa o el gran cóndor andino. En mi curso se congregaba toda la república. La Costa y los Santanderes, Antioquia, Nariño o el Valle. Aún recuerdo algunas de esas caras, otras se han difuminado en la misma medida en que el tiempo nos ha dispersado en actividades disímiles y en zonas geográficas bien distintas. Nuestros profesores, nuestros rectores y prefectos, en siete años, en siete aulas, fueron también muchos. Todavía, en esa etapa lasallista compartían los nombres franceses, los sucesores de los fundadores de la Salle en Colombia, las tareas de una docencia que ahora sigue ampliándose y diversificándose. Los Hermanos Eugenio León, Genabaud Marie, Apolinar y Nicéforo, Atic, Gaston, Félix, Hermenegildo, "Poilu" y tantos otros. Recuerdo, a ese propósito, una bolita de madera, (la cabeza seguramente de un juego de "coca"), que se convirtió en tabú. Pasaba de mano en mano, entre los muchachos, en la hora de descanso, en los "recreos", cuando a alguno de nosotros se le escapaba una frase o una mera palabra en castellano. Había que hablar en francés. La víctima que el sábado en la tarde fuera poseedor de la "bolita", estaba condenado a perder su "salida" del domingo. Así aprendíamos algo más que a recitar de memoria los "cuadros Delmas". Y, sobre todo, nos acercábamos desde temprano a los umbrales de la literatura francesa.

Pero había también una larga nómina de profesores colombianos. Bien los recordarán quienes compartieron esos días de aprendizaje. El Hermano Elías, Daniel, obsesionado por el fútbol y el baloncesto que aborrecíamos algunos, Efrén, Dionisio, Javier, Bernardo... Algunos tan cerca de nuestras inquietudes como los hermanos Gilberto Fabián y Filiberto. Toda esa nómina de profesores y amigos se impregna ahora con una poesía memoriosa. Del escenario que fue La Salle, vario y profuso, y que sigue siendo un hogar estupendo para tantos muchachos, emergen situaciones y nombres que resulta fantástico reconstruir. Sé que esto daría para un libro.

Pero también tiene validez el revivirlo en dos o tres cuartillas.

Las mañanas, invariablemente, no estaban tan impregnadas del aire fresco que soplaban de Monserrate o de Guadalupe, como del olor, inconfundible e incitante, de la carne deliciosamente adobada y del chocolate que hervía en los tinajones de la cocina, mientras nosotros asistíamos a la misa cotidiana. Siempre me sedujo la música matinal, difundida desde el órgano de la capilla por Egisto Giovannetti, sacerdote italiano que servía de auxiliar al más dulce de los capellanes, a monseñor Fidel León Triana. Otras veces, las más, el Hermano Gastón trepaba el gabinete, se remangaba la sotana, y enloquecía con todos los registros y los teclados. No tocaba a Juan Sebastian Bach, sobra decirlo, pero sus melodías y sus "invenciones" eran siempre agradables. Así se abría, cada mañana, la jornada de estudio, de bondades y malicia. Tal vez nadie ha descrito estos escenarios, de pequeñas morbosidades y belleza, de sueños y fantasías, de irresponsabilidades y contriciones, como Joyce en su "Artista Adolescente". Cada patio, cada escalera, cada aula y cada pupitre, estuvo marcada, lo mismo por el lápiz o por la navaja del estudiante que por nuestras pequeñas acciones y nuestras ambiciones de adolescentes. Me parece volver a ser el muchacho de entonces: no esucho al profesor que ahora habla de Pepino el Breve, no. Miro a través de la ventana y veo el cielo oscuro o la nube que se balancea sobre Monserrate. Y allí me parece encontrar el dibujo de lo que los años me reservan. Un futuro de colores que tal vez plasme o se deshaga silenciosamente.

Así como rememoro al Hermano Gastón encaramado en el órgano, o al Hermano Eugenio León en su estrado de la Capilla, cabeceando con el Eucologio Romano en la mano mientras el rumor de la misa nos adormece a todos, veo otra vez al Hermano Gonzalo Carlos, ahora decano de los Hermanos en Colombia, hombre excepcional, luminoso, en las tardes de los lunes, a la hora de la Sociedad Literaria del colegio. En el tercer piso, con dos ventanas que se abrían sobre el panorama de la ciudad y la sabana, su rectoría

en las letras tuvo para mí una significación incancelable. Veo el atardecer que enrojecía los lomos de los libros, la biblioteca que nos rodeaba. Veo un buho disecado, símbolo del pensamiento, sobre un estante. Y oigo a mis colegas de literatura, unos más fuertes en la poesía, otros en la prosa, algunos en la oratoria. El Hermano Gonzalo Carlos llevaba sabiamente la batuta, y detenía o atemperaba nuestras explosiones. Hace poco, le volví a encontrar en la misma Salle, ahora Universidad, en la sesión en que fué recibido Carlos Lleras como doctor "honoris causa". Apenas ha cambiado muy poco en su físico. Pero es el mismo señor brillante, persuasivo, afinado lo mismo a ese pasado que a un seguro presente.

En las memorias del memorialista, las imágenes regresan en secuencias ilógicas, no hacen caso de la cronología si no que se pro-

yectan en un contrapunto desordenado. Pudiera por ejemplo ceñir estos fragmentos, estas "horas de La Salle" como podrían mejor llamarse a un episodio, a uno solo de los muchos que, en sucesión continua, conformaron algunos de los momentos mejores de una vida. Fueron seis años de una existencia ancha como los grandes patios abiertos a los cerros por un lado y a la sabana por el otro. Ese escenario familiar circunscribió nuestro aprendizaje, nuestras ambiciones de muchachos, nuestros sueños casi nunca realizados. Pero, ante todo, nos destajó caminos, nos dió seguridad en las pisadas. Así lo comprendemos ahora, al volver la vista hacia atrás, y percibir desde lejos, la casa de La Salle, aquella fábrica ocre, blanca y rosa, criminalmente destruida en un fatídico día de abril de 1948. Pero que renació para prolongar una empresa que nadie ni nada podrá acallar.



Eduardo Mendoza Varela y el presidente de España Adolfo Suárez